Max, muerto de risa, exclamó, presentando la copa salvada de la catástrofe:

—¡Bravo! ¡Mejor manera de festejar el día! ¡Que corra el contento por todas partes! Eche usted.

Rebosante el vaso, bebió ávidamente, dió también á beber á la risueña madama Clémence, y, lleno de nuevo, lo ofreció á la muchacha, asombrada:

—Beba usted, Sidonia, y grite conmigo: ¡Viva Francia! ¡Viva la Argentina!

IX

Antes de que á los ediles bonaerenses les ocurriera la malhadada idea de fomentar, alrededor del principal cementerio, la creación de un barrio aristocrático, en esta que llaman bajada de la Recoleta, suave pendiente que llega hasta el río, hoy peinado jardín á la inglesa, con grutas, lagos y demás artificios, y entonces baldíos solares plantados de sauces y ombúes, celebrábase la española fiesta del Pilar, remedo más ó menos feliz de las verbenas peninsulares, con una particularidad digna de notarse: y es que no tenía carácter exclusivamente local, y copiaba, por ejemplo, la feria ma-

drileña de San Isidro ó la velada gaditana de los Angeles, sino rasgos generales de las diversas regiones, y lo mismo la gaita gallega que la andaluza guitarra, el tamboril y la pandereta, congregaban á unos y otros en fraternal jolgorio. No sé á qué extremo de la ciudad la ahuyentó el progreso, y conste que no voy á defender los excesos de canto, de baile, de amor y de vino del otro lado de las tapias que circundan el sagrado lugar del reposo, que si he censurado la invasión del lujo hasta sus mismas puertas y el extravagante gusto de vivir á la sombra de sus cipreses, peor han de parecerme, y me parecen, las profanas y libertinas manifestaciones de antaño.....

Pues, en el tiempo á que me refiero, no muy lejano por cierto, al promediar de Octubre, que es cuando la Iglesia señala la fiesta de la Virgen en su advocación del Pilar y la primavera austral desata yemas y capullos, templa la atmósfera y aviva la sangre, la cuesta citada se cubría de carpas ó tiendas de campaña, adornadas de ramaje y banderolas azules y blancas, rojas y amarillas, donde las tías Javieras de dudosa autenticidad, organilleros, falsas gitanas, farsantes y la cáfila de gente moza y alegre, en las freidurías al aire libre, en las tabernas y en los bailes improvisados, mercaban, robaban, reñían unos y gozaban todos. Saltando y chirriando dentro de las sartenes, repletas de aceite hirviente, los soplados buñuelos y los enroscados churros atraían á golosos y hambrones; y aquí, en esta carpa que llaman *La Malagueña*, á falta de boquerones fríen el pejerrey de la tierra, rey, en efecto, de cuantos sabrosos peces habitan las aguas; en estotra, que apellidan *La Flor de la Huerta*, preparan las cazuelas de paella y las horchatas, si no de chufas, de almendras; en la de enfrente, *La Castellana Vieja*, ofrecen el clásico pisto manchego, y en *La Gallega*, *la Catalana*, *La de Sevilla*, *La Montañesa* y otras ciento, los productos característicos de cada región de España, más gustados y gustosos, porque recuerdan la patria, el hogar y la fa-

milia. Chilla la gaita, solloza la guitarra, cascabelea la pandereta, y gallegos, astures, andaluces y aragoneses bailan á rabiar jotas, peteneras y fandangos, hasta caer rendidos al amanecer: pintoresca mescolanza á que no falta la nota criolla, delicioso alarde de confraternidad, el *pericón* ó la *milonga*, que al compás del organillo ensayan algunas parejas, con mucho quebrar de caderas, apretar de cinturas y arrastrar de pies. ¡Qué ruido, qué confusión, qué alegría! ¡Cómo centellea el sol, como ciega el polvo y cómo aturde y marea la muchedumbre!..... De noche, á la luz de los faroles que vacilan en cada carpa al extremo de un palo, el amor, el juego y el vino, los tres infernales tentadores, se entretienen en perseguir á las almas débiles y hacen su agosto, á pesar del argos policiaco.....

En una de estas fiestas, murió trágicamente, de una puñalada, el D. Aniceto Barbado; y en rigor de verdad, fué este el menor disgusto que dió á su familia. Por-

que los dió á porrillo, tantos y tan graves, que la sucursal de la calle de las Artes hubo de decidirse á cerrarla D. Rufino: primero, á causa de que el despacho se amenguó en razón de la ninguna atención que le prestaban los desidiosos consortes; luego, porque la pereza y la ociosidad, hembras de mala ralea, perdieron á D. Aniceto, le quitaron la poca vergüenza que le quedaba, le hicieron borracho y trapisondista, provocando en la tienda escandalosos jaleos, palizas de las que no curaba doña Angustias con todas las bizmas y los ungüentos de su repertorio, y hasta filtraciones sospechosas en la caja social y raspaduras poco delicadas en el libro mayor. Total, que se alarmó D. Rufino, y cortó por lo sano suprimiendo la pequeña *Ciudad de Cádiz*, y concediendo á la pareja suficiente mesada para su manutención; y cuando D. Aniceto sucumbió á manos de sus propios vicios, como no habían de dejar á doña Angustias en el arroyo ni querían recogerla en casa, la tomaron una pieza de alquiler, donde pu-

diera dormir á pierna suelta y preparar todas las cataplasmas que le vinieran en gana.....

No lamentaron mucho los Barbados que de manera tan lastimosa diera cuenta y fin el posma del hermanote; y tal es la levadura humana, que si ahondáramos un poco, acaso hallaríamos en el fondo del alma de don Rufino el posillo de la alegría, bien disimulada, que le produjo el suceso, y en la de doña Orosia cantidad bastante para desbordar en esta frase sin recato:

—¡Gracias á Dios que se llevó el diablo á ese maldito! Así no nos calentará más la cabeza.

Las grandes preocupaciones comerciales de D. Rufino, aquel fantástico crear de fábricas, lo mismo en la capital que en las provincias, y atenderlo todo, dirigirlo y fomentarlo; la especulación de terrenos en que también andaba mezclado con Duseuil, á brazo partido en el maremagnum de los negocios y hecho personaje de la colectividad española, el más activo y el más incan-

sable, todo esto no le impedía que llegando el 12 de Octubre dijera á su mujer, palpitante el corazón de emoción patriótica:

—Hoy es nuestra fiesta, Orosia; iremos á comer el pescadito como de costumbre, á *La Malagueña*, y tomaremos unas cañas de manzanilla.

Doña Orosia suspiraba hondamente. ¡Ay! Aquello la recordaba la plaza de San Antonio de Cádiz en la noche de los Angeles, cuando ella, mocita jacarandosa, se llevaba la mar de galanes detrás; la recordaba su Arcos, de fausta memoria; su España lejana, que no volvería á ver. Se ponía la mantilla y una falda de seda, y con la acicalada Crescencita, el doctor de la casa y D. Rufino, salían en busca del tranvía de la Recoleta, después de cerrar la tienda y dar suelta á las oficialas. ¡Qué día aquel de gratas sensaciones!

Jamás, en los muchos años de vida bonaerense que llevaban, perdieron ellos su fiesta, y á pesar de las mudanzas sufridas, lo mismo de chaqueta parda que de levita,

de lanilla barata que de seda, cumplían idéntico programa siempre: la visita colectiva á la iglesia, la oración fervorosa al pie del Pilar y el almuerzo campestre en el merendero más apartado. Era para ellos un chapuzón refrigerante en las ondas del pasado, ilusorio viaje á la patria que les reconfortaba.....

En este año que los Duseuil hallaron la cabal realización de sus legítimas aspiraciones, la comitiva que el señalado día de Octubre salió de la tienda para tomar el tranvía estaba reforzada por apuesto galán, novio consentido, sin duda, de la niña, pues junto á ella caminaba, pegaditos los codos, prendidos los ojos del uno en los de la otra, y abiertos los oídos al susurro de ternezas; mientras los papás, de escolta, á discreta distancia, se fingían sordos y ciegos, y Tito, delante, sin querer fingirlo, lo parecía, absorto en algún problema de física ó de química. Les molió los huesos el tranvía, les estrujó el gentío en la iglesia, y cuando sofocados por el calor y el polvo, lograron

sentarse sobre las duras sillas de *La Malagueña*, al pie de un ombú del campo de feria y en torno de una mesa barnizada á restregones, D. Rufino, que llevaba chistera, alivió la húmeda cabeza de su peso, y con excepción de Crescencita, que sonreía encantada, Jean, el doctorcillo y los demás, exclamaron:

—¡Uf, qué calor!

A poco sintieron el frío beso del aire del río, y le vieron agitar banderolas y juguetear con los rizos y los perendengues de las damas, repartiendo pródigamente oxígeno á los hambrientos pulmones, y también polvo en abundancia á los ojos, y desparramando los ecos discordantes de la alegría popular, gritos de vendedores, risas, tumultos y músicas, y las olorosas emanaciones de los diversos guisados y frituras. A la sombra de las ramas del ombú gigantesco, cargadas de farolillos venecianos, se estaba tan ricamente, que los estómagos, aun los de los enamorados, incitaron á la voluntad con elocuentes manifestaciones á demandar

el lastre que les faltaba, y antes que D. Rufino, el revoltoso Tito batió las palmas, acudiendo una moza garrida, hija, sin duda, de la costa azul, y que andaba ocupada en proveer de bucólicos chismes las otras mesas.

—Nos trae usted cinco raciones de pescado y una botella de manzanilla—se apresuró á encargar doña Orosia.

En un santiamén puso la moza sobre el encendido anafre la sartén llena de aceite, zambullendo las postas de pejerrey enharinadas en el líquido, así que éste humeó y comenzó á chirriar; y entre tanto se doraban lindamente, trajo platos de loza, vasos de vidrio, servilletas de dudosa limpieza, pan criollo blanquísimo, cubiertos de estaño y la botella de legítima manzanilla, contestando á las preguntas de D. Rufino con soltura de lengua igual á la de sus manos:

—Sí, señor, soy del mismo Málaga, y me vine, verá usted por qué me vine: porque mi novio cayó soldao, y dijo mi novio: «Pues no me da la gana de servir al rey.»

Entonces yo le dije, digo: «¿Si nos marcháramos á América? Así todo se arreglaría.» Y así todo se arregló. No tenía yo ni padre ni madre, ni perro que me ladrara; fuimos á una agencia que contrataba emigrantes para el Brasil, y nos contratamos..... ¡Allá voy!..... Y embarcaditos para el Brasil. ¿Han estao ustedes en el Brasil? Pues es un horno encendido, como que viene á caer debajo del mismo sol..... El calor y el miedo al vómito nos decidieron á jugarle una mala pasada al contratista, y una noche nos escapamos del cortijo donde nos hacían trabajar y, anda que anda, nos dirigimos hacia la mano derecha, que es donde habíamos oído decir que caía Buenos Aires. *¡Buenos Aires!* Sólo la frescura del nombre nos halagaba.... ¡Digo que allá voy!..... Y llegamos, al cabo de los meses, con los pies desollados. Y aquí nos tienen ustedes tan contentos, mi marido y yo, porque nos hemos casado, para servir á ustedes.

—Eso está muy mal hecho—protestó D. Rufino, de pésimo talante.

—¿El qué? ¿Que nos hayamos casado?

—No, que desertara su novio, su marido ó lo que sea. El servicio del rey no puede eludirse, sin quedar sujeto á penas severísimas. Así, bien empleado les está cuanto tienen ustedes sufrido.

—¡Anda!—respingó la malagueña—que usted habrá hecho lo mismo, con levita, chistera y todo.

Rápidamente dió media vuelta y entró en la carpa; y gracias que doña Orosia logró calmar al antiguo clarinete de regimiento, intransigente en punto á la disciplina militar, y aparecieron las doradas postas, recreando los ojos, cosquilleando las narices y llenando de agua las bocas.....

Tito, de pie sobre la silla, anunció que por el camino de Palermo pasaba el landó de Mr. Patrick, y dentro iban el mismo Mr. Patrick, misia María Cleofé, misia Liberata..... y el Bismarckito en persona. Todas las cabezas giraron como veletas impulsadas por el viento de la curiosidad; pero de no hacer lo que Tito, encaramarse sobre

las sillas respectivas, no distinguirían nada, á causa de la muralla humana que les aislaba..... Más pudo el apetito que la curiosidad, y sobre el mísero pejerrey cayeron los cinco tenedores, dispuestos á ensartarle; cada cual retiró su ración, la fuente quedó limpia, empezaron á funcionar las mandíbulas, y entre bocado y bocado dijo don Rufino:

—Ya comprenderán ustedes que el mostrarse así Blümen en el landó de Patrick, y al lado de la viuda de Andillo, no es á humo de pajas; quiere decir que, al cabo, misia Liberata, después de pensarlo bien, ha dado el sí al Bismarckito. ¡Diablo de alemán, y qué guardado lo tenía! ¡Para que se fíe uno de estos pacatos y friones! ¿Qué te parece, Orosia, del Polo Norte que tú te figurabas? Y está el hombre que no cabe en el pellejo. Tuve que hablarle esta mañana de cierto asunto, y le encontré en su pieza de la calle de Corrientes afeitándose..... Una pieza tan bien ordenada y limpita, como si anduvieran faldas á su cuidado; tiene en la pared

el retrato de su emperador y fotografías de familia, algunas hamburguesas rubiotas de muy buen ver. Entonces me dijo que se casaba, y aunque yo sabía por Duseuil quién era la pastora, me hice el tonto y el sorprendido. ¿Con quién? ¿Pues con quién ha de ser? con la señora viuda de Andillo..... ¡Una pasión antigua, muy antigua! La boca se le llenó con este nombre, y él, que parece no tiene sangre en las venas, se atomató ingenuamente. ¡Miren ustedes que Blümen con pasiones! ¡Y Blümen casado con la señora Liberata!.... No afirmo yo que la señora Liberata haga mal en casarse, pero... ¡señor! ¡qué vueltas damos todos acá, y qué lejos están aquellos tiempos de la calle de Charcas! Cualquiera reconoce en el señor Blümen de ese landó al Bismarckito del fondo.....

¡Eso es, cualquiera le reconocía! Iba Tito á desenvolver sus teorías favoritas respecto de aquel curioso ejemplar de evolución social, pero no le dejaron las damas con sus exclamaciones. ¡Casarse Blümen con misia

Liberata! ¡Qué sorpresa! ¡Qué escopetazo! Doña Orosia aseguraba que nunca, durante el mucho tiempo de vecindad con el extraño germano en la casa de Andillo, ni vió, ni sospechó, ni imaginó siquiera nada de aquella *antigua pasión,* que entonces fuera criminal, si hubiera existido; más aún, ponía las manos en el fuego, que misia Liberata no cambió con él sino los buenos días de rúbrica. La tal pasión debió de nacer y desarrollarse á la muerte del señor D. Hipólito, y de aquí los negros humores que se notaron en el pobre Franz, seguramente convencido de que jamás podría traspasar la enorme distancia que de la hermosa viuda le separaba. Y Crescencita contó, riendo, haber visto en sueños al Bismarckito relleno de estopa, y que, como las niñas traviesas á sus muñecas, por buscarle el corazón le abrió el pecho y sacó, entre un puñado de serrín..... uno tan grande, sangriento y pesado, que daba miedo..... A todo esto, del pejerrey no quedaban ya rastros, y parecióles muy puesto en razón pedir algún

plato generoso, pues no era aquél día de vigilia ni abstinencia; y requerida, con palmadas, la malagueña, sobre las mismas brasas colocó unas parrillas y en las parrillas acostó luego buena lonja de vaca con hueso, cortada al través de las costillas, y que forma la característica y sabrosa *tira*. También pidieron buñuelos, de postre, y pasas, de las gordas de Málaga, que en preciosas cajas, sobre el blanco mantel de una mesilla, exhibía la patrona á la puerta de la tienda.

Asado, buñuelos y pasas, no tardaron en estar al alcance de manos y tenedores, y el combate recomenzó, silencioso. Ardía, entre tanto, la feria en animación y alegría, y las notas de pasacalles y tangos, añadían nuevo fuego al que desparramaban en las venas el vino y en las alturas el sol; en la carpa del lado, *La de Sevilla*, rompió á sollozar una guitarra y luego una voz á quejarse de ausencias, duelos, traiciones y perfidias mujeriles, y en la de enfrente, *La Pilarica*, prorrumpió una jota estrepitosa, que

hacía saltar á cuantos en ella estaban, obligando á callar á la voz lastimosa, pero no á la guitarra, que, convenientemente jaleada, preludió una petenera: entonces, al rumor de los oles apareció una joven vestida de corto, la faldilla encarnada guarnecida de madroños, la chaqueta de terciopelo descubriendo la ajustada cintura, el sombrerito calañés sobre la oreja derecha, mucho colorete en las mejillas y abuso de tizne en los ojos; enarcó los brazos, ladeó graciosamente la cabeza, alzó un poquitín el pie... y allí fué el prender de miradas y deseos. Unos aplaudían, otros gritaban, arrojaban el sombrero á los pies de la danzarina y la decían muchas cosas indecentes.....

Jean, conmovido por el recuerdo que le despertaba aquel baile, miró dulcemente á Crescencita, que, muy colorada por el calor, el vinillo y la dicha, y tan guapa mordiendo los granos de pasa, sonreía siempre con la ingenuidad de un niño que se divierte; y como ya habían terminado, y la beatitud de una excelente digestión comenzaba á

amodorrarles, propuso D. Rufino bajar hasta el río y entre los sauces pasar el resto de la tarde, lejos del bullicio: acudió la malagueña, en viendo que se levantaban, cobró lo que quiso, y entre la turbamulta desapareció la familia gaditana, muy apretaditos los novios, muy sofocados los papás, y el doctorcillo delante, abriendo paso á fuerza de codo y de puños. Como boya que flota en el agua y es juguete de la corriente, les empujaban, les arrastraban, les detenían, hacíanles retroceder ó les desviaban del camino, y cuando no la muchedumbre, la curiosidad: de la mujer-sirena, que se mostraba en un barracón sobre desmesurado cartel, cubierto el tronco de verdes escamas y en vez de piernas retorcida cola de pescado; del hombre salvaje, vestido con las propias barbas, y que anunciaba un enano con redobles de tambor; de alguna gitana, que prometía adivinar lo pasado, lo presente y lo porvenir; de los rompe-cabezas y cucañas, en que los pilluelos, por la golosina del premio, se aporreaban de lo lindo y expo-

níanse á descrismarse; de los mil atractivos, lances, batallas y divertidos sainetes de la feria; aquí comprando cedulillas en blanco; allá mirando boquiabiertos, ya dando de narices con un conocido pegajoso, ora recibiendo un codazo y un pisotón de propina.

Llegaron, al cabo, y se sentaron á la fresca sombra de los sauces, en el sitio más solitario que hallaron, á la orilla del río sin límites, mientras hervía allá arriba el rumor de la muchedumbre. Vagaban en el sauzal algunas parejas amorosas, y sobre la hierba merendaban tranquilamente aquellos que huyen del ruido y se complacen en la soledad; las aguas, muy bajas, descubrían las peñas negras y enanas que llaman *toscas* y el lecho cubierto de resaca, donde una bandada de pilluelos descalzos correteaba á su sabor. Ganas le venían á Tito de hacer lo mismo, no por mero pasatiempo, sino para buscar ejemplares curiosos que añadir á su colección zoológica; y de pie, con una varita en la mano, mientras los otros, sentados no muy cómodamente á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO